

ojos pequeños, de un color esmeralda diluido, iban de un extremo a otro del salón, inquietos, escrutadores, para retornar, impasibles, al núcleo circundante, donde se debatían los temas más variados: política, literatura, chismes de la farándula, etc. Con el deseo de atraerla y hacerla partícipe de nuestras charlas de sobremesa, alguna vez la interrogué pidiéndole opiniones acerca de los motivos en discusión, unas veces triviales, otras de trascendencia circunstancial, nunca solemnes ni académicos. Y entonces oí de esa criatura, al parecer insignificante, palabras y juicios que me hicieron pensar y que ahora recuerdo emocionado, a través del tiempo, en presencia de la tragedia de la vida. Como todas las cosas humanas, con la demolición del Aue's Keller, el cenáculo se dispersó. Fieles al ambiente de camaradería sólo quedamos unos pocos y, entre otros, la frágil criatura de ojos esmeraldinos, ya más sazónada y dueña de su personalidad. Entonces hablaba y discutía a la par nuestra, con un extraño dominio de los temas que pasaban sobre el tapete, desconcertando al modesto auditorio con sus juicios certeros y sus frases paradójales. Supe después que era maestra normal, egresada de una escuela casi desconocida, de ascendencia humilde.

En los últimos años, hasta pocos días antes de su desaparición, se alojaba en un cuarto exiguo de una modesta casa de pensión de la calle Bouchard, cerca del puerto. Con los modestos quinientos pesos que le producían sus cátedras no era posible ambicionar más.

La pobreza del artista en los centros intelectuales de Europa está compensada por un ambiente propicio, que ofrece el desquite de otras satisfacciones. Hay núcleos intelectuales coherentes, calor entre los que sueñan, ciudades históricas, una tradición de respeto por el esfuerzo intelectual. La pobreza no excluye la dignidad, ni es obstáculo a la jerarquía. El denominador es el valor pensante o moral, mientras que entre nosotros el denominador es la capacidad monetaria.

Una tarde nos encontramos por casualidad en el bar Boston de la calle Florida con Tulio Cestero, Ministro de la República Dominicana en la Argentina. Y aun resuena en mis oídos la voz de Alfonsina Storni:

—¿Por qué no me invita a ir a dar conferencias o lecturas a su país? Haga cualquier cosa... Sáqueme de aquí...

Cestero, compañero excelente pero cauteloso, contestó que él representaba a una República pequeña, sin muchos recursos pecuniarios y que no se creía autorizado a proponer la visita a su Gobierno.

Esto ocurrió pocas semanas antes del suicidio y debo confesar que es la única vez que me pareció ver a Alfonsina emocionada. Sólo comprendí plenamente después, cuando sus palabras se amplificaron en el recuerdo:

—Haga cualquier cosa... Sáqueme de aquí...

Los fuertes se van generalmente sin contar sus desilusiones, con el dolor bien apretado, bien secreto, como si comprendieran que se han equivocado de mundo. En los momentos de prueba se acogen más bien al tono desprecu-

pado y burlón. Así me dijo la última vez que nos vimos.

—El día en que me sienta cansada de vivir me pondré una lata vacía en el lugar en que antes tenía un seno (había sido operada) y me tiraré un tiro, apuntando bien.

La fórmula extravagante anunciaba una de sus bromas habituales. Pero corría una lágrima debajo de la burla. Como los viejos elefantes se esconden para morir, ciertos espíritus se encierran dentro de sí mismos, sin dejar sospechar su desamparo. Reacción milenaria de la bestia herida que se siente en situación desventajosa y evita dar el espectáculo de su disminución.

Así cayó, en la trágica soledad de las grandes almas, mientras dejaba un zapato al final del muelle para marcar el sitio desde donde saltaba al mar, murmurando acaso, a flor de labios, irónicamente, aquella estrofa suya tan repetida:

*Buenos Aires es un hombre  
que tiene grandes las piernas,  
grandes los pies y las manos  
y pequeña la cabeza.*

En los últimos meses aspiró al premio municipal de poesía, que fué otorgado, como es de práctica, a otro poeta de importancia menor. Gestionó en vano también, la subdirección del Conservatorio Nacional. Más que de un cálculo deliberado, nacieron probablemente las omisiones del desconocimiento y la dejadez. No existió acaso el propósito de postergarla. Pero en la epidermis sensible, herida tantas veces, los inmerecidos fracasos clavaron su estilete mortal.

Los que estudien mañana la literatura argentina tendrán que avanzar como en la selva virgen, desbrozando la vegetación inútil para apartar los brotes buenos. Nada será más difícil que orientarse, porque, en medio de la maleza, resulta el cardo a menudo más abundante y prestigioso que la rosa. Olvidando que se puede parafrasear la leyenda de la Universidad de Salamanca (lo que Natura no dá, sufragio universal no presta), una falsa interpretación de la democracia empuja a gritar desde todos los rincones: ¿por qué él, y no yo? La desatinada nivelación de valores crea igualdades en el vacío, a riesgo de que se reflejen mañana en nulidad colectiva.

Falta la responsabilidad artística y la fiscalización de una opinión preparada que juzgue y obstaculice el fraude.

La poesía de Alfonsina Storni, toda en fibra y en tensión de alma exaltada, tiene líneas tan netas y excluyentes que no puede ser confundida ni comparada con ninguna voz desconocida. Hirsuta en la acometividad, tajante en el vuelo, no deriva de la búsqueda artificiosa de una novedad calculada, sino del abandono total de la personalidad auténtica que tuvo resonancias de caracol marino y recogió y amplificó las vibraciones del corazón como las del mismo mar, su amigo, cuyas olas recuperaron momentáneamente lo que, por ser grande, creyeron que les pertenecía.

Fué un maravilloso puente sentimental entre la vida terrestre y esa vida sideral, mal descifrada, que todos llevamos en el fondo de nuestras almas y que sólo despierta al conjuro de la fórmula milagrosa, hallada en una iluminación por el verdadero poeta, fórmula que después repiten y agradecen las generaciones. Cuando se haga mañana el recuento y la clasificación de la cosecha contemporánea dentro de las letras argentinas — y en un campo más vasto, dentro de la producción latinoamericana — se comprenderá mejor la poesía de Alfonsina Storni, tan femenina y tan fuerte, tan íntima y tan generosa, que levanta como un temblor de hojas primaverales en los bosques secretos del reino espiritual.

Los bosques materiales, los de la tierra, fueron acaso ejércitos inmovilizados por la justicia de los dioses. Marcan el paso en los siglos sin esperanza de reanudar la marcha. Por eso se han dormido las raíces en un esfuerzo para libertarse y se han detenido las ramas en una plegaria o en una imprecación. Pero en los bosques intangibles, en los bosques líricos del universo interior de los poetas, no hubo nunca encantamiento que logre perdurar. Por los siglos de los siglos seguirán batallando con las quimeras, ajenos a toda prudencia y toda ley. Tal es el drama eterno que determina en la vida de los escritores los dramas individuales.

MANUEL UGARTE

## John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir Royal (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos úe Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calculár MONROE.

Refrigeradoras Eléctricas NORGE.

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX.

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN.

Frasquería en general (Owens Illinois Glass C.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rnad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH, Socio Gerente - RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente